

El baúl de las letras



En el baúl de las letras nunca escritas,
guardo una botella mediada de licor
que visito de noche cuando tú suscitas,
resucitas, de lejos, distante, el dolor.
En el baúl de las letras nunca escritas,
guardé el epitafio de aquella amistad.
Palabras, promesas, ya todas marchitas,
sabiendo que ayer me faltó la verdad.
En el baúl de las letras nunca escritas,
volar como Pan, a mí, me pasaba.
Volaba, reía, soñaba, contaba gotitas
de felicidad y de gozo que yo, destilaba.
En el baúl de las letras nunca escritas,
no cuento mi vida ni por casualidad,
si acaso la historia de cuentos y cuitas
que a todos, o a nadie, le pueden pasar.

La palabra es el comienzo



Siempre nos queda la palabra, certera y digna afirmación del poeta, y lo cantó Paco Ibáñez con voz libertaria

No obstante, los vientos intolerantes intentan secuestrar la voz del pueblo que reclama sus derechos; y tales huracanes consideran demagógico airear los céfiros necesarios para respirar: voz, voces.

Sin embargo, tomamos la palabra y hacemos de ella un filo contestatario contra el falso e hipócrita discurso que amordaza, compuesto éste, sin duda, por palabras que se trasforman en ese palabrerío hueco de quienes se convierten en avestruces y acompañan sus galimatías con sonrisas de cursillo; risitas robóticas que menosprecian los derechos, muecas sin un fondo humano, y, además, se creen aquellos manejos con los que someten a la palabra.

No queda duda en el diccionario: de éste se puede tomar el término demagogo como la definición de un ser que denuncia las carencias populares. Sólo hay que desposeer, a la demagogia, de la acepción tiránica y situarla por encima de las expresiones impúdica-cínica-descarada-mentirosa que le endosan, a dicho término, quienes se defienden de él si saben los valores de este vocablo. Digámoslo con siete palabras: los demagogos se acusan mutuamente de demagogos.

Demagógico es auparse sobre las carencias de la sociedad con la promesa de solucionar tales penurias y después faltar a la palabra.

No es demagogia airear las penalidades y poner todo el empeño por buscar la igualdad.

La palabra es una razón a la que asirse según el costado que nos duela. La publicidad suele confiscar el verdadero sentido de la misma. Y faltar a la palabra es insultarla, sobre todo si no se cumple lo prometido, de palabra honorífica, desde la campaña electoral. Aquí es cuando el que abrió la boca entregó su dignidad al lenguaje mercantil, inductor éste de la esclavitud social.

Evoco parte de la letra de aquella canción que, no recordando la autoría de la misma, sí conserva la comprensión de la misma, asentada en el temblor del corazón al cantarla: ***Son palabras nada más, que hablan de mi amor por ti; son palabras que jamás, de alguien volverás a oír.*** Sonaba a una despedida

dolorosa, a la palabra amor que se quedaba retenida entre las grietas de algún corazón quebrado, y al grito sereno de este músculo que, a pesar del dolor pacífico, sin violencia, confía en la esperanza: ***Tal vez podamos proseguir, lo que se queda atrás...***

Aquellas palabras salieron al viento musical y la voz las divulgó. Sin embargo, quizá, cantadas en los huecos exclusivos del pensamiento, se quedan presas en los cruces de miradas con las que él y ella suelen comunicarse, desde hace meses. Él desde el extremo de la barra de un bar y ella desde los renglones de un periódico que no lee; no obstante los dos tiemblan y sosiegan el secreto con sorbos de café, único cómplice que se queda en unos posos por investigar, como si el amor fuera un término detectivesco.

A partir de aquí se queda la palabra para que la observación, esa manía de quienes pretendemos inventar fábulas, comience a poner cada expresión en su peldaño.

Demandó dos palabras naturales de pronunciar y lo secuestraron por su derecho a la osadía, después lo metieron en prisión y sólo le quedó el pensamiento: las palabras que se atrevió pedir fueron tierra y la libertad: se las usurparon.

La palabra, vista y leída, acariciada desde la perspectiva pura es como las aguas sin adulterar. No obstante, convertida en acémila dispuesta a cargar sobre ella interpretaciones erróneas, la voz se convierte en arma defensiva para cubrir la desvergüenza contractual; sí, esa palabra que se suscribe con letra pequeña e ilegible; esto es: mula cargada de malas intenciones contra el ser contratado. Ya lo dijo Groucho Marx

Cuenta la leyenda que la palabra, unida a un apretón de manos frente a un mediador neutral en el trato, ponía al ganadero y al tratante dentro de la legalidad honesta. Sin embargo, a falta de manejos reglados y en plena danza de la codicia, también hubo tratante que, después de haber firmado un aval

que dejaba claro su débito al ganadero, y exigir éste el pago al haber transcurrido el tiempo acordado, el tratante leía el papel que atestiguaba tal deuda, y después de comprobar que su firma era correcta, destruía el documento, se lo introducía en la boca, lo masticaba con la destreza que su dentadura le permitía y se tragaba el título y la palabra –Esto recuerda el vuelco de quienes suben al poder y se tragan las promesas; y no es lo mismo que tragarse las palabras, por temor a la integridad, ante leyes que reprimen–.

Ante la ruptura de concordia entre tratante y ganadero solía ocurrir que el acreedor, perplejo y abatido, ***se quedaba sin palabras***, extraño verso éste para una copla, ya que, todavía siendo octosílabo, también se quedó sin tildes, hiatos y sinalefas.

Y el poeta sigue diciendo que ***nos queda la palabra***, y el grito del cantor, que avala tan reivindicativo verso, dice que ***apenas nos dejan decir que somos quienes somos, que nuestro cantar es sin pecado un adorno, que ya tocamos fondo, que hemos de salir a la calle, que ya es la hora.***

Sí... Siempre es hora de liberar a la palabra que nos queda, el momento de no dejarla reprimida en el pensamiento que la forja, y menos que, una vez nuestra voz esté en la calle, no debemos permitir que la secuestren, la censuren, la adulteren... Si es amor, amor; si es justicia, justicia; si es libertad, libertad; si es anarquía, anarquía; si es concordia, concordia... La palabra desigualdad empobrece al diccionario, y la palabra pobreza debiera desaparecer de todos los cuadrillos del mantel; la palabra riqueza es para distribuirla con equilibrio, de lo contrario que aplaste a quines la roban.

Por favor, ¿me prestáis una palabra justa?

–Yo te presto democracia

–¡mentira! Los que la hurtaron no nos representan...

-Te concedo el vocablo sanidad... ¿Lo quieres?

-¿A quién preguntas, hipócrita, a mí, que soy acreedor del juramento hipocrático, sin más?

Quizá estés preguntando a quienes trafican con los derechos humanos.

Probablemente, los demagogos, tilden de demagógico mi escrito.

Luis Carlos Blanco

Izquierdo

El único país

✘ Suda en mi pared el recado de las sombras que advierten el desalojo de mi cuerpo sobre mi casa nunca fue mi casa, nunca estuve entera, ni dije yo con el convencimiento de serlo es lo apátrida de mi pensamiento en el pensamiento que se confunde con una persiana bajada o con alguien que se aleja barreré la ceniza y tiraré papeles, muchos intentos exiliados de reconstrucción pero no será mi asiento aunque permanezca días quieta en el, no será mi espejo aunque sea lo único que refleje una habitación parecida a mi habitación y cuando cierre la puerta y la noche se aloje en una mancha negra no será la noche la que quede en mis ojos cerrados ni será la habitación en el sueño del vino cuando entres silenciosa y me mires por la espalda y yo no me gire y tú no digas nada como si no estuvieras y yo haga que no me doy cuenta de que estás detrás de mí, queriéndome y calle para quererte, para poder huir, para entender el precio de permanecer en la sellada promesa que destruye mi ventana y hace que el único país sea el que no se siente.

La península de Crimea



La península de Crimea está pidiendo ayuda a Rusia, está pidiendo ayuda a Putin.

La península de Crimea siempre caía en los exámenes de COU de Emilio.

La península de Crimea es un lugar tan conflictivo como lo es para una feminista convencida tener pulsiones sexuales clásicas. No sé qué es ser feminista pero sé que ser feminista no es negarse a la evidencia que para cada una es el deseo y sus caminos.

Tenemos cartografías emocionales desfasadas, de épocas que nos son ajenas, que no nos sirven. Ha cambiado la velocidad de las emociones y ha cambiado también la manera de entender las relaciones en si mismas, de entenderlas. Las cartografías son el símbolo de lo real pero sirven para desplazarse por lo real, son deípticos que definen y delimitan; pero estos, al igual que la geografía, pueden ser móviles, cambiantes, intinerantes, como las dunas del desierto donde fuiste un verano. ¿0 era invierno?

La península de Crimea tiene en su mapa millones de trazos diferentes que la atraviesan y la definen. Tiene trazos tridimensionales en el tiempo, que pueden verse a la vez todos juntos si elegimos las transparencias adecuadas, y eso puede ser el feminismo: un montón de mapas, un montón de transparencias que están sujetas a constantes cambios y a constantes definiciones; sólo hay que darles la dialéctica adecuada, la dialéctica biográfica que está trazada en las líneas de la mano que expones ahora.

La península de Crimea es un punto conflictivo de Europa. La península de Crimea es un lugar límite, es un lugar que está entre dos mundos y que actúa como equilibrador de las potencias. El poder del límite es siempre que es el límite, no debemos olvidarlo nunca. El poder de la frontera es ser frontera. Es, que siempre se tiene que construir, siempre se tiene que reinterpretar. Empoderarse desde la frontera, desde la libertad de la frontera. Y tú misma puedes ser frontera y hacer de esa frontera la fuerza para seguir siendo frontera. La frontera es inclusiva porque todas somos siempre de todas partes y de ninguna. La frontera es un lugar mítico que recuerda al horizonte del mar que todas nos debemos. Caminar siempre hacia el horizonte y no llegar nunca a tocarlo es realmente lo que nos hace fuertes, porque en el camino siempre hay compañeras. Y el trayecto relatado siempre resulta más fácil que el que no se narra y se oculta, porque pierde el poder de posicionarse como visible y como actante, como realizador de acción.

La península de Crimea es políticamente inestable, la península de Crimea es histórica. La península de Crimea ha sido colonizada y disputada. La península de Crimea consigue su fuerza de su localización, consigue su fuerza de la debilidad de estar expuesta. Porque quien se expone se libera, porque quien se expone se hace libre y, por lo tanto, invencible. La fuerza de la débil radica en que siempre se ha levantado del suelo para poder empezar, y las heridas son el orgullo de la batalla, y en la batalla da igual si se pierde o se gana, porque siempre se aprende de estar en el suelo; siempre se acaba descubriendo la velocidad que tiene tu cuerpo en el momento del impacto.

Construirse, entonces, los mapas emocionales desde donde una quiera, con lo que una quiera y sabiendo cómo los construye; sentir el orgullo de la que sabe ser frontera. Dudar de lo que viene de fuera y creer en el momento que estás viviendo; construir un mapa que, al igual que el mandala, tendrás que

destruir al día siguiente, es donde radica el poder de lo efímero. Y solamente podemos ser efímeras, finitas, y ese es el secreto de la frontera. Sé frontera, sé límite, sé la península convulsa de Crimea, sé sus montañas, su mar y sus ríos, y lucha siendo frontera porque toda frontera es movable y el movimiento es aire, y el aire es libertad de ser de todas partes y de ninguna.

Honraré la memoria de las lombrices

☒ El volcán ruge arrojando lava a la ladera de la montaña, que sobrevuela un ave fénix, surcando el cielo de cenizas. La erupción es interna, como una sobrecarga eléctrica o el oleaje, que rompe en los puertos de las ciudades grises; la erupción es como el estallido de una detonación que ha acumulado fuerzas, alimentada por el veneno de la hiedra que crece en las frondas del sendero.

Cuando los plateados haces de luz me despojan de la vigilia, una arca de monedas de oro, vuelvo a sentir las espadas que batallan en mi estómago, que rasgan los tejidos de los desagües. Soy una paloma constipada, una bacteria que ha engordado hasta explotar, soy un hongo que crece en las pinzas de un cangrejo. Esta es la historia de las sombras que danzan, tocando los tambores de la noche, riendo y confabulando.

Si una lanza se alzó primero, creo que fue el vacío. Toda vida es un viaje emprendido por ejércitos aliados, que tensan los arcos frente a los soldados enemigos, apostados tras una colina quizás empañada por la bruma. El vacío es una campiña tostada por el sol, labrada por las sombras; los castillos han

desaparecido del horizonte, la lucha la librarán los campesinos: fratricidio, puñales teñidos de la sangre de la tierra.

¿Cómo arribé al vacío? Llegué en un ferrocarril que había sido destinado al ganado, pero que fue utilizado para transportar a los reclusos de Sachsenhausen. Llegué ahíto del pan masticado de mi rabia ⁽¹⁾, dispuesto a narrar una profecía macabra, como arquitecto de la gruta de la Virgen de las Soledades.

Honraré la memoria de las lombrices que se contorsionaban en mis entrañas, alzaré el estandarte de la fonda que visité, porque la escritura es el ejercicio de la memoria ⁽²⁾.

1. Cita de Mareva Mayo.
2. Cita de Roberto Bolaño.

La comunidad selecciona los mejores relatos del concurso (Resultados)



Acaba de finalizar el plazo de votaciones del I Concurso de Microrrelatos de Zoozobra Magazine, que se salda con la participación de 59 relatos en un encuentro en el que hemos disfrutado de obras muy distintas, tanto en género como en temática y tratamiento estilístico. La comunidad ha emitido casi un millar de votos a través de las sociales de Zoozobra (865 votos), seleccionando **los 24 relatos que pasarán a formar parte de un libro electrónico** (ebook), que se pondrá a la venta dentro de unos meses por el módico precio de 1€. Los beneficios serán reinvertidos en el proyecto de Zoozobra Magazine, que apuesta por la autonomía del arte para liberarnos del dominio cotidiano y sistemático.

Mientras tanto, el colectivo que edita la revista mediante canales de participación que apuestan por la auto-gestión de los propixs artistas, seleccionará a 3 de esos 24 relatos que aparecerán en el libro, para editarlos en el siguiente número en papel de Zoozobra Magazine, cuya salida se encuentra prevista para finales de junio. Asimismo, el mejor de los 3 relatos que hayan pasado por la doble selección de la comunidad, recibirá gratuitamente el libro electrónico del concurso y una mención honorífica.

Obras seleccionadas:

#	Nombre	Votos
1	 «Sobre mentiras y verdades» por Juan Hernando Quevedo	263
2	«Cubículo» por Donna A. Beck	257
3	«Amor» por Andrea Carvallo Silva	83
4	«Todo y nada» por M. Jovic	60
5	«Orden de deshaucio» por Aixa Valiente	36
6	«Ayer y hoy» por DR	36
7	«Tabaco» por Nicolás López Moreno	36
8	«Dieta blanda» por Ramón Santana Gonzalez	33
9	«La carta» por José Martínez Moreno	20
10	«Puesta de sol» por José Martínez Moreno	12
11	«The Pomegranate Woman» por Gema Diego Sarabia	11
12	 «Reyes magos» por Reas	10
13	«Noche de mariachis» por Carlos Daniel	9
14	«Su victoria o su derrota» por Joseph Belloso	7
15	«Las hadas» por Hina Fink	6

16	«Recortar gastos» por Francisco J. Barata	4
17	«Resurrección» por Reas	2
18	«Lo engañoso» por Francisco José Pascual	2
19	«Sirena II» por Jero de Pasamonte	2
20	«Era un pobre diablo» por Andrea Carvallo Silva	2
21	«Un tigre con piel de lobo» por Raquel Cabestrero	2
22	«Mi patria» por Juan Hernando Quevedo	2
23	«Olvídalo» por Raquel Cabestrero	2
24	«Inspiración» por Candy Bon Bitter	2

Resultados completos:

Consulta los RESULTADOS COMPLETOS AQUÍ . En negrita aparecen los 24 que más votos han tenido. En los próximos días contactaremos con los y las autoras seleccionadas. Si tienes cualquier duda, contacta con nosotrxs.

Transexualidad y hormonas literarias



Tengo la suficiente edad para recordar que las primeras novelas publicadas en castellano sobre transexualidad eran principalmente biografías o más a menudo autobiografías en primera persona. Se confundía transexualidad, con travestismo, transgenerismo y hermafroditismo. Pero esa es otra historia. Frente al afán de pulcritud del movimiento gay mas asimilacioncita y “civilizado” o del feminismo esencialista camino de la institucionalización, las personas transexuales no eran un punto cómodo, pudieran o no asistir a sus reuniones con libertad. Una de las primeras novelas (en este caso una autobiografía) nos llegó de la mano de la alemana *Charlotte Von Mahlsdorf* con el provocativo título de yo “*Yo soy mi propia mujer*” [1] donde nos cuenta su temprana conciencia de sentirse mujer y también su difícil existencia en la Alemania nazi y post-nazi. La potencia del libro residía en su sinceridad y desarmante sentido del humor. Llevada al cine por Rosa Von Praheim, contribuyó a abrir las puertas y las vallas entre los géneros binarios. Algunos dirán que la literatura transexual ha existido siempre. Que ya San Juan de la Cruz hablaba de sí mismo en femenino y el romántico inglés Thomas de Quincey contó las peripecias de la llamada “*Monja alférez*”. Por no hablar de la *Divina* de Genet o del *Heliogábalo* de Artaud. O el ejemplo ya emblemático del “*Orlando*” de Virginia Woolf que disfruta y sufre las consecuencias de pasar de un sexo a otro, a través de la prosa exquisita de una autora inmensa. Pero aquí me interesa más la literatura post-stonewall, un acontecimiento histórico que no fue escrito ni relatado por ellas y ellos pero que, sobre todo, protagonizaron personas transexuales.

"*Yo soy mi propia mujer*" contaba una historia de fuerza irresistible desde su valor histórico y mucho más ameno y avanzado que la novelita conventual que acompaña a "*Alexina B*" y el estudio de Foucault sobre el hermafroditismo, tan influyente después en la teoría queer. Hay personajes de Carson McCullers, como la Frankie de "*Frankie y la boda*" reivindicada por Judith Hallberstram, o personajes de Capote o Williams que entran ya dentro de la ruptura del binarismo de género aunque desde posiciones despolitizadas y en ocasiones, contradictorias. Curiosamente va a ser el teatro español el que va a incorporar, desde las posibilidades performativas de lo escénico, lo trans más allá del simple elemento cómico, desde "*El público*" de Lorca, hasta, después del franquismo, "*Ocaña, fuego infinito*" de Andrés Luis López (finales de los años noventa) o algunos personajes del teatro de Francisco Nieva.

Aunque la transexualidad en el estado español entró más por el cine (Almodóvar, Salazar) que por la literatura, el propio Almodóvar trató de trasladar, sin demasiado éxito, su universo de diversidad sexual a su novela "*Patty Difusa*", al tiempo que los testimonios más estremecedores de las dificultades vitales de personas transexuales nos venían de Latinoamérica con libros como la brasileña "*Princesa*" de Fernanda Farias de Alburquerque (no exenta de cierto sensacionalismo) o la prosa poética de Pedro Lemebel, queriendo desdibujar fronteras. Son testimonios que todavía eran una realidad en el Estado Español como la prostitución callejera, la violencia machista y la soledad en la gran urbe. Mientras Mendicutti introduce con timidez un personaje transexual en "*Una mala noche la tiene cualquiera*", de un ámbito más académico nos llega la novela histórica "*La chica danesa*"[2] que sorprende por la desenvoltura y la falta de aspavientos con la que David Ebesfoff nos cuenta un episodio de autoaceptación en el Copenhague bohemio de los años 20, que como el Berlín de los 30, representado en "*Paris era mujer*" supone un relapso en las costumbres sexuales de la época, devastado todo ello por la

llegada del nazismo. Es posible que la gran novela sobre la transexualidad en el estado español esté por escribir pero no deberíamos desdeñar las influencias de otros países. Es el caso de *"Escrito en el cuerpo"* de la británica Jeannette Winterson, que, inspirándose en Wittig, propone el cuerpo como una página en blanco y también como un disfraz, empleando siempre un tono cálido, que mezcla realismo y fábula.

pasar de página

Winterson o Wittig influyen en Peri Rossi, Tusquets o Moix y, aunque ninguna de ellas habla propiamente de la transexualidad de mujer a hombre, sí cuestionan el esencialismo del cuerpo de mujer como un constructo atravesado por discursos sociales, médicos y jurídicos. Esos discursos ya fueron cuestionados en poesías y ensayos por escritoras chicanas o afroamericanas como Cherrie Morga, Audre Lorde, Gloria Anzaldúa, etc, desde un punto de vista despatologizador, racializado y no colonialista. La desestructuración de algunos países del Este de Europa han llevado a novelistas a contar los tiempos anteriores y posteriores al comunismo en la vida de las personas transexuales sin recursos, en las ruinas de sueños de esplendor como la magnífica *"Lovetown"* del escritor polaco Michal Witkowski, publicada recientemente por Anagrama.

Las ficciones se han diversificado aunque no lo suficiente. El discurso despatologizador y del continuum hombre mujer ha encontrado mejor acomodo en novelistas estadounidenses como Jeffrey Eugenides con su inmensa *"Middlesex"*, más correcta y elaborada que las ficciones de Tom Spanbauer pero también menos potente. O incluso la propia ciencia ficción que ha pasado de ser un género eminentemente masculino a hibridaciones producidas por nombres como Ursula K. Leguin, Samuel R. Delaney o la propia Winterson que en *"The Powerbook"* -un libro sobre el espacio virtual- nos dice "Desvístete. Quítate ropa, quítate el cuerpo, hoy podemos ir más allá del

disfraz. Esta es una historia de amor y desamor, de policías y ladrones, la extraña historia de ti y de mí. La historia soy yo misma. Tengo que contarla yo. Comienza". Curiosamente ahora la narrativa de los países árabes con nombres como Abdelá Taia o Tahar Ben Jelloun ("*El niño de arena*") está poniendo en solfa las dicotomías de género y la anatomía como destino. Taia en su última novela "*Infieles*" hace un valiente esfuerzo de transexualidad literaria en el último párrafo de una historia autobiográfica, un párrafo inolvidable con intención política y poética.

«-Había sido elegida.

¿Elegida yo? ¿Yo?

La voz me repitió tres veces el mensaje. Dijo tres veces mi nombre. Norma Jean Baker.

¿Podía dudar? ¿Podía resistirme?

Todo sucedió muy deprisa. Conseguí adelgazar, encontrar mi cuerpo de antes. Y, en medio del rodaje de *Something Got to Give*, dejé este mundo. Con mis propias manos

Alcé el vuelo

Entonces mi leyenda en la tierra adquirió otras proporciones.

Y desde entonces estoy aquí, a las Puertas del Cielo.

Recibo

Escucho

Juzgo

Reúno

Hablo en lugar.

Hablo desde su lugar

Soy humana. Extraterrestre. Estoy en todas partes y en ninguna
Soy Hombre. Mujer. Ni lo uno ni lo otro. Más allá de todas las
fronteras y [3]todas las lenguas».

[1] Von Mahlsdorf, Charlotte. Yo soy mi propia mujer. Editorial
Tusquets. Colección Andanzas.

[2] Ebershoff, David. La chica danesa. Anagrama. Panorama de
Narrativas, 2011.

[3] Taia, Abdelá. Infieles. Cabaret Voltaire. Barcelona, 2014.

¿Y quién no tiene un amor?

✘ Escribo estas líneas desde un dispositivo electrónico móvil, uno de esos que llaman tablet, a cientos de kilómetros de mi casa. Como sabéis, las tabletas no tienen un procesador de textos como word que te permita editar tus documentos de un modo sencillo, y la solución a la edición textual más razonable, pasa por descargarse del google play o del app store una aplicación que haga, muy rudimentariamente, las veces de editor de textos. Escribo sin teclado, o mejor dicho, con el teclado táctil de este dispositivo: pequeñas y sensibles teclas que me obligan a escribir cada palabra con un cuidado excesivo y una vigilancia minuciosa, para que el corrector ortográfico del cacharro no haga de las suyas y me cuele caprichosamente alguna palabra, se coma alguna coma o algún punto, o me obligue a elegir formatos que, de otro modo, yo no hubiese elegido en absoluto.

Podéis pensar, al menos yo lo haría, que no hay razón para tanto cuidado a la hora de escribir este artículo, un artículo que, además, pasará a la historia sin pena ni gloria, muy

probablemente, y que no hay mejor remedio para no tener que enfrentarse a las grandes limitaciones de la tableta, que el uso de un pc. Podéis pensar éso, y estaréis en lo cierto.

Pero lo cierto es que cuando uno tiene que viajar cada semana a un lugar que no es el suyo, a una ciudad que no le pertenece, el equipaje siempre pesa demasiado y cualquier objeto a mayores, cualquier aparato añadido a tu maleta a última hora de la tarde del domingo, se revuelve el lunes contra tu espalda con todo el peso de la tierra. El tren que te lleva lejos de casa, terco y obstinado, es también el mismo tren amable y esperanzado que te trae de vuelta cada viernes, y los días laborables se convierten en meras estaciones de servicio en las que uno espera, con verdadera impaciencia, la llegada de ese viernes que, de nuevo, le trae su vida de vuelta.

Porque tu vida, al fin y al cabo, se queda donde está tu familia, que es tu casa, se queda donde están tus amigos, que son tu casa, se queda donde tu amor y tu perro, que son claramente tu hogar, cuidan de tu vida entre semana hasta que vuelves a ella. Vivir fuera de tu vida no se parece a ninguna otra cosa. Que te cuenten tu vida por teléfono y te manden fotos de caras y rincones cotidianos no se parece a casi nada. Por éso del exilio se sabe siempre más bien poco, porque las vidas de quienes allí van a parar durante un tiempo, se quedan detenidas mientras tanto, como trenes de corto recorrido aparcados en vías auxiliares.

El exilio, en realidad, no es estar lejos de tu casa, sino fuera de tu vida. Porque, al fin y al cabo, estar lejos de casa pero con tu vida, estar lejos de casa pero con tu amor y con tu perro es, sabedlo, estar en casa.

Pero fuera de casa no se puede bailar. Uno no termina nunca de coger el ritmo. Fuera de casa todas las cosas se parecen a tu casa y todos los perros se parecen al tuyo, pero no deja de haber algo en sus andares, algo en sus ojos que viene a

recordarte con una retorcida levedad, que ninguna de esas vidas es la tuya, que sus adorables y livianos paseos no te pertenecen. Por eso lo peor de estar fuera de casa no son todas las cosas ajenas a tu vida que te circundan alrededor, sino los huecos que dejas en tu mesa, el espacio de tu sofá que se queda sin cubrir, el paseo matutino que no das por tus calles, el hueco del sueño que no sueñas en tu cama: todo aquello que no puedes compartir.

¿Y quién no tiene un amor?, se pregunta Alejandra Pizarnik en aquel poema titulado Exilio. Porque el exilio es éso. El exilio es tener un amor, un perro y una casa. El exilio es que te guste mucho tu vida y tengas que mirarla desde lejos.

pasar de página

El trabajo que he venido a hacer a cientos de kilómetros de mi vida es el mismo trabajo que puedo hacer en mi casa, o a unos pocos kilómetros de ella. El trabajo que he venido a hacer a cientos de kilómetros de mi casa es un trabajo idéntico al que estará haciendo alguien que esté ahora mismo trabajando en mi ciudad, a cientos de kilómetros de la suya. Todos los perros que pasean junto a él cuando sale de trabajar, son mi perro. Todos los perros que pasean junto a mí cuando salgo de trabajar, son el suyo. Vemos pasar cada día los huecos que en su vida ha dejado el otro, y no nos atrevemos a rebelarnos contra un sistema que sólo sabe fabricarnos agujeros. Un sistema de organización política y social que nos arranca de nuestras vidas y aún pretende que le bailemos el agua. Que le estemos agradecidos. Un sistema de gestión del territorio que lleva a un profesor de matemáticas de Chiclana a dar clase de tecnología en Iscar, y a un ingeniero industrial de Valladolid a dar matemáticas en un instituto de Cádiz.

Condenados a vivir fuera de nuestras vidas y ver pasar las vidas de los otros en fugaces ráfagas de destellos, como en aquel cuento de Italo Calvino en el que los amantes nunca

llegan a encontrarse. Condenados a esta extra territorialidad perversa, deslocalizados de nuestros afectos, de nuestras empatías, de nuestros pormenores. Saqueadas nuestras casas, desalojadas nuestras rutinas, externalizados nuestros pulsos, nuestros querer, nuestros abrazos. Nos están dejando sin abrazos y no deberíamos consentirlo. Alguien debería decir que basta, y ese alguien tendríamos que ser nosotros. Una generación formada hasta el escándalo, obediente y sumisa hasta la ofensa, conservadora y crédula hasta rozar el disparate. Una generación que se ha tragado más cuentos y más jarabes de los que cualquiera hubiera podido digerir, y que sin embargo ahora comprende, maleta a la espalda, agujero a la espalda, que todo era, la verdad, mentira, y que el precio es llevar una vida zombie, walking deads caminando alrededor de las vidas de otros que, también, tuvieron que abandonar la suya. No deberíamos consentirlo. Alguien debería decir que basta y ese alguien deberíamos ser nosotros. Una generación nieta del exilio, vapuleada por la precariedad, la provisionalidad y la urgencia. Una generación que ha leído menos poemas de Alejandra Pizarnik de los que hubiesen sido deseables para hacer la (re)evolución. Una generación a la que le hubiese ido mejor desobedeciendo al padre y abrazando a los poetas. Os escupo en la cara, que decía Federico. Os escupo en la cara. Desde este teclado provisional, desde las periferias de mi vida, os escupo en la cara a vosotros, viejos engolados de poder y corruptelas, hombres viejos, oligarcas. Os escupo en la cara como Federico. Porque alguien debería decir que basta -¿no tenemos, acaso un amor?-. Alguien debería decirlo -devuélvannos nuestras vidas, nuestro derecho al abrazo- y tendríamos que ser nosotros.